

suele esto á veces ser prelude de un ataque formal, tengo duplicados los puestos en mi campo, y estoy muy pendiente de Puebla. Cuidaré de comunicar á vd. lo que ocurra.—*Comonfort.*

“Ocotlán, Marzo 26 de 1863.—Recibido en México á las 7 de la mañana.—Señor Ministro de la Guerra.—Nada notable ha ocurrido en la noche. Desde la madrugada de hoy ha vuelto el fuego de cañón en la plaza, pero es bastante lento.—*Comonfort.*”

“Santa Clara, Marzo 26 de 1863.—Recibido en México á las 8 y 38.—Señor Ministro de la Guerra.—El cañoneo continúa en la plaza aunque lentamente.—*Comonfort.*”

“Santa Clara, Marzo 26 de 1863.—Recibido á las 12 y 45 minutos de la mañana.—Señor Ministro de la Guerra.—Son las 11 de la mañana; acabo de recibir aviso de los exploradores más avanzados á Puebla, de que el enemigo ha emprendido con su infantería algunos ataques formales sobre la plaza, pero que ha sido rechazado completamente. El fuego de cañón ha calmado mucho en este momento.—*Comonfort.*”

“Santa Clara, Marzo 26 de 1863.—Recibido á las 12 y 47 minutos de la mañana.—Señor Ministro de la Guerra.—Son las 12 y media; por los partes que sigo recibiendo se confirma la noticia de que el enemigo ha sido rechazado varias veces en Puebla.—*Comonfort.*”

“Santa Clara, Marzo 26 de 1863.—Recibido á las 2 y 15 minutos de la tarde.—Señor Ministro de la Guerra. Se percibieron fuegos nutridos de fusilería en Puebla, y despues de una hora se batían en retirada los invasores que habían avanzado sobre la línea de San Javier y el Palmar: al mismo tiempo se apareció una columna de infantería y caballería de cosa de 2000 hombres en Cholula, la cual no se retira todavía: como apenas dista una y media ó dos leguas de nuestro campo, estamos ocupados en observar sus movimientos.—*Comonfort.*”

“Santa Clara, Marzo 26 de 1863.—Recibido á las 3 de la tarde.—Ciudadano Ministro de la Guerra. Han vuelto á romperse los fuegos en Puebla.—*Comonfort.*”

“Santa Clara, Marzo 26 de 1863.—Recibido á las 7 y 48 minutos de la noche.—Señor Ministro de la Guerra. El fuego en Puebla ha cesado. Vengo de las inmediaciones de Cholula, cuya ciudad abandonó el enemigo, replegándose al cerro de San Juan. Su objeto fué venir á buscar víveres, de que está muy escaso: cargó muy poco maíz y harina del molino de San Diego, no pudiendo conseguir más, porque la caballería nuestra no le dejó tiempo para registrar las haciendas un poco más distantes del molino.

Hoy se me han incorporado los batallones de Independencia y Toluca.—*Comonfort.*”

*
**

El momento supremo se aproximaba, como cuando va acercándose la tormenta que apareció primero como un punto aislado en el horizonte y que aglomerando sus elementos va tomando forma amenazadora y actitud imponente. Faltaba nada más que el choque produjera la descarga causando víctimas é iluminando extensas llanuras sembradas de cadáveres.

Nuestro Ejército recibía con la sonrisa del desdén al fantasma de la muerte que caminaba entre los equipajes del Ejército invasor, seguro como lo estaba de que aquel fantasma sería el espléndido sudario de los escogidos por la mano del adverso destino, que al caer moribundos en el suelo de la patria, fecundaban con su sangre un terreno tan propicio para la germinación de la heroicidad, encarnada en el bélico entusiasmo de nuestras tropas.

La Religión del deber iba á aumentar la lista de los mártires inmolados al pié de la bandera de la fé patriótica.

Mientras en los cementerios de Puebla se cavaban inmensas sepulturas para dar cabida á tantos sacrificados, la Historia, en los talleres de la inmortalidad, se ocupaba de agregar hojas y más hojas á su brillante libro, para dar cabida á los nombres de tantos héroes y hacer de ellos una especie de semi-Dioses del fanatismo patriótico.

Nosotros, que hemos cursado las aulas de la libertad en los campos de batalla; que sabemos lo que cuesta el derecho de levantar la frente erguida y de tener pase-libre en los estrados de la honra nacional, seríamos los primeros, si á nuestro alcance estuviera, en levantar grandioso monumento á los buenos y á los leales, en donde inscribiríamos estas sencillas palabras: “A LOS VALIENTES DEFENSORES DE LA PATRIA.”

Quizá el vértigo político que hemos padecido tantos años y las fatigas consiguientes á la propia conservación en nuestras luchas, han impedido que dediquemos un templo á donde se guarden como hostia sacrosanta, el recuerdo del patriota y las cenizas del héroe.

Hoy que la paz es una verdad práctica debida á las promesas del valiente General Porfirio Díaz, es de esperarse que el genio del hombre se ponga en juego para levantar monumentos que eternicen memorias tan queridas y hechos tan sublimes. Nada habrá tan meritorio como educar á las generaciones venideras, mostrándoles ejemplos palpitantes de grandeza que ellas se esforzarán en imitar; y si queremos fundar el patriotismo sobre bases sólidas y que nuestra patria ocupe en el mundo prominente lugar, debemos entonces venerar á nuestros héroes para desarrollar el amor á lo bello, ofreciendo como estímulo a la juventud naciente el premio de la eterna remembranza.

Sobre el mar de las miserias humanas, flota puro, limpio y reverente el sentimiento de la sublimidad, formando horrible contraste con el lodazal de las malas pasiones: si de ese sentimiento hacemos un culto, no sería extraño ver levantarse con el transcurso del tiempo una generación ardiente en el amor á la patria, en el cual se fundirían para siempre la traición y la infamia; no volveríamos á ver el doloroso espectáculo que dieron algunos hijos ingratos lanzándose como buitres á desgarrar el seno de la patria porque no estaban educados en la escuela de los nobles y hermosos sentimientos.

No debe entenderse por esto que entre los mexicanos no es fructífera la semilla del bien; todo lo contrario, dotados de un espíritu de imitación superior á la inventiva, entre nosotros los ejemplos buenos ó malos, cunden con rapidez y se desarrollan con prodigio. Vemos por

eso que entre los hombres dedicados á las carreras científicas, el conocimiento de la Historia Universal ha inspirado rasgos de heroicidad y de valor; luego sólo tenemos que divulgar por todas partes el conocimiento de aquellos rasgos para que haya en el acto imitadores que casi siempre superan al ejemplo puesto en relieve.

En nuestras guerras, y especialmente en ésta de intervención, hemos visto germinar héroes tras de héroes, entré todas las gerarquías militares, y desde el humilde soldado hasta el pundonoroso General, se disputaban el derecho de figurar en la mención honorífica de la orden del día.

Hoy que uno de esos héroes rige los destinos de este pueblo valiente, digno y respetable, ha llegado el momento de divulgar nuestra historia, tarea grata para los que amamos el suelo de la patria.

Cercano el día en que debemos concurrir á los comicios á ejercer uno de los actos más solemnes en la vida de los pueblos libres, es cuando debemos repasar nuestra historia contemporánea, para escojer con acierto entre las colosales figuras llamadas por sus antecedentes á ocupar puesto honorífico, á aquellos que merezcan toda nuestra confianza, todo nuestro respeto y todo nuestro cariño.

La nave del Estado debe ser guiada por el hombre más experimentado en los asuntos públicos, que conozca á la vez con la irrefutable elocuencia de los hechos, todas las aspiraciones y todas las necesidades, conocimiento que sólo se adquiere en la escuela práctica del sufrimiento.

Los libros ilustran; los hechos fortalecen.

Si guardamos en el silencio de nuestra propia veneración las proezas que presenciamos y las dotes que aplaudimos; cómo saber entonces quien nos presta mayores garantías y más halagüenas esperanzas?

Si hay, como por fortuna hay en nuestra patria, hombres que merecen premios y especiales recompensas ¿dónde podremos mejor que en la Historia buscar la hoja de servicios más brillante, más limpia y más hermosa, para otorgar aquel premio sin cometer una injusticia?

Busquemos en los datos comprobados de esta Reseña á las figuras sublimes de nuestra regeneración, y en ella veremos destacarse, cubierta de luz y de grandeza, la noble y simpática personificación de nuestras glorias iluminando el risueño porvenir de nuestra patria.

En la balanza de la justicia histórica aun no tiene contrapeso el egregio y humilde General Porfirio Díaz, debido sin duda á que el pueblo mexicano ha podido conservar frescos algunos recuerdos y presenciar algunas grandezas; pero el hombre, en su noble y santo sacrificio por la causa de la Libertad, merece tanto ó más que la veneración de su época, la veneración y el respeto en la eternidad de los tiempos.

Si la índole de mi humilde Reseña lo permitiera, haría conocer en todos sus pormenores y en sus más insignificantes detalles, la rara transformación del hombre que, educado en el campamento, más parecía soldado que político; más militar que estadista.

La revolución de las ideas abrió en el alma del guerrero nuevos horizontes; y sin que él se sintiera agobiado bajo el peso de tantos laureles gloriosos conquistados en el campo de batalla, subía las escaleras de nuestro Palacio Nacional, firme y resuelto á conquistar la fama de político, de financiero y economista.

La espada estaba de más en los estrados del Progreso; el valor personal ya no era necesario en las antesalas del Porvenir: pluma y talento debían sustituir á la disciplina y á la estrategia para asaltar otras fortalezas que no ceden al empuje de las armas, y entonces fué cuando

el General Díaz demostró á la faz del universo que también tenía esos elementos á su servicio. Con su pluma cautivó á los financieros europeos; con su talento hizo que se rindieran aquellos colosos y abrieran sus mercados monetarios á las anémicas arcas nacionales.

Sobre las ruinas del vivac se cimentó el baluarte de la honradez.

La regeneración fué un hecho.

La moral administrativa una verdad.

Lo que no pudieron conseguir talentos privilegiados ni prominentes cabezas nutridas con sólidos conocimientos adquiridos en noches de vigilia, pasadas con la vista puesta sobre luminosas obras, en el más profundo de los estudios y en la más elevada de las meditaciones, lo alcanzó en breve tiempo el soldado que al llegar al Palacio Nacional venía nutrido de grandes enseñanzas, adquiridas en la escuela de la experiencia, y lleno de abnegación y buena fé, venía á desarrollar las ideas adquiridas en el largo y penoso camino del deber.

El cuadro de las necesidades públicas, contemplado de cerca, inspiró el remedio; puesto éste en práctica, no han podido ser más brillantes los resultados.

La Historia guardará entonces con respeto un nombre que repetirán con orgullo los descendientes de Cuauhtemoc. Ese nombre será el del valiente General, el del gran hombre de Estado Porfirio Díaz.

